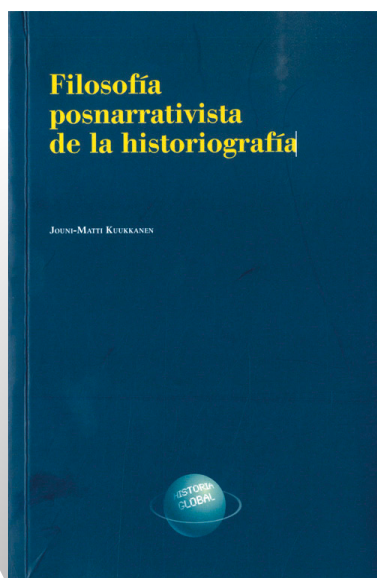


Filosofía postnarrativista de la historiografía



FICHA BIBLIOGRÁFICA

JOUNI MATTI KUUKANEN, *Filosofía postnarrativista de la historiografía*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2019. Traducción de Virginia Tabuenca, páginas 307, ISBN 978-84-9911-573-3.

Antonio Gómez Ramos | **Universidad Carlos III de Madrid**

¿QUÉ ES LO QUE HACE UN HISTORIADOR? Por supuesto, investiga para conocer el pasado y luego lo presenta en un texto, en general un texto escrito. Llamando historiografía a la actividad del historiador, y más específicamente, a la escritura del historiador, se puede reformular la pregunta: ¿qué es lo que presenta un historiador?, ¿qué clase de texto es el texto historiográfico? Según el autor, según su método o su época, ese texto puede contener datos, fechas, estadísticas, conjeturas, explicaciones, relatos, anécdotas, análisis psicológicos de personajes pasados, quizá análisis sociológicos, apoyándose en concepciones más o menos implícitas de la sociedad, la política, la economía o el alma humana. Con contenidos tan variados, sería difícil asimilar la historiografía a una ciencia, incluso si la historia se colocó, a partir del siglo XIX, en el centro de las ciencias humanas.

Con todo, como es sabido, hubo entre filósofos de la ciencia el intento de estructurar el saber histórico según el modelo de las ciencias duras: esto es, esa clase de saber que, a partir de datos empíricos, propone leyes generales con las cuales poder explicar los casos particulares justamente como un caso de la ley general. Este patrón, llamado nomológico-deductivo, tuvo cierta preponderancia en los años cincuenta en el mundo anglosajón, cuando el positivismo lógico parecía allí la única forma seria de hacer filosofía, y por lo tanto, también de hacer filosofía de la historia. El modelo ya es bastante discutible -y fue discutido- cuando se trata de las ciencias naturales, pero, para lo que nos interesa aquí, apenas podía sostenerse para la historiografía. Encontrar leyes generales en la historia humana puede haber sido el sueño de algunos filósofos: poder explicar los asuntos humanos a partir de ellas, como se explica el movimiento de una pieza de hierro ante un imán a partir de las leyes del electromagnetismo. Pero, en la historia, la posibilidad de hacer generalizaciones es muy limitada. Ya Aristóteles le negaba el rango de ciencia a la historiografía, pues, decía, solo se ocupa de lo contingente y particular, de lo que fue, no de lo que pudo o podría ser; no puede producir conceptos universales.

De modo que la comprensión nomológico-deductiva de la historiografía duró poco, y ya en los años setenta hubo una potente reacción para reinstaurar lo que de por sí parece el elemento central de toda historia, científica o no; a saber, el relato, la narración. Por obvia que parezca, esta reivindicación de lo narrativo llegó tímidamente. Primero, de la mano de filósofos procedentes del positivismo, como Arthur Danto, que hacían notar que los enunciados de la historiografía, a diferencia de las de la física, son temporales, y designan acontecimientos separados en el tiempo, a partir de lo cual se construye la narración. Luego, ya con enorme fuerza, en la obra de Hayden White, enfatizando que no se trata de enunciados separables y separados -como quizá fuera el caso para las ciencias duras- sino de textos completos, producciones discursivas de carácter narrativo y con una determinada disposición retórica. Su libro *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*, un monumental análisis de las obras de cuatro grandes historiadores del siglo XIX (Burkhardt, Ranke, Tocqueville, Michelet) marcó una época a partir de su publicación en 1973. La historiografía es un arte de narrar, y las formas de narración se moldean según figuras retóricas fundamentales. Por eso, la historia está más cerca del arte que de la ciencia, el texto histórico tiene en sí mismo una autonomía propia y debe ser tratado como un artefacto literario. Puede que la propuesta de White tuviera más éxito entre filósofos y teóricos de la historia que entre historiadores profesionales: con buenas razones, a éstos no les ha gustado nunca verse equiparados a los novelistas, sino a científicos que tratan de una realidad, la del pasado. Pero la postura narrativa de White, prolongada luego por Ankersmit, reexpuesta también con solidez filosófica y fenomenológica por Paul Ricoeur, se convirtió en la forma predominante de entender la actividad del historiador y, en algunos casos, las ciencias humanas.

Valga esta introducción, que compendia con las primeras sesenta páginas del libro de Kuukkanen, para entender la tarea que se propone este joven autor finlandés, protagonista de muchas discusiones actuales sobre teoría de la historiografía. Pretende él reconocer lo que hay de válido en el narrativismo -al fin y al cabo, los seres humanos somos ciertamente seres narrativos, pues sólo con relatos somos capaces de construir nuestra identidad y nuestro

lugar en el mundo-, pero atender también al profundo malestar que respecto al narrativismo existe entre historiadores y entre filósofos. Kuukkanen es más lo último que lo primero, aunque casi todo trabajo filosófico se especializa en analizar el conocimiento histórico o, más precisamente, la práctica de los historiadores. Formado más sólidamente en la filosofía analítica que en la continental -algo que, para bien y para mal, se hace notar en este libro-, no cree que se pueda hacer filosofía de la historia a la manera clásica, buscando un sentido sustantivo global al conjunto de los asuntos humanos. Pero sí quiere hacer una filosofía de la historiografía: pensar sobre el trabajo de los historiadores, determinar cuál es su objeto de estudio y la legitimidad de las formas de conocerlo y de exponer ese conocimiento.

El principal problema para el prestigio del narrativismo es que su ascenso coincidió en el tiempo con la postmodernidad, a partir de los años ochenta del siglo pasado, con lo que no dejaba de asociarse a algunos de los más notorios caracteres por los que esta ya periclitada época fue severamente criticada: relativismo, pérdida del referente y desconexión de la realidad objetiva, juego con el todo vale, renuncia a la noción de verdad y a toda solidez epistemológica, tendencia a la frivolidad. White y Ankersmit son cualquier caso menos frívolos -siendo White el mayor y el más serio de los dos-, pero uno y otro admiten que el historiador puede despreocuparse de la verdad objetiva. White, como todo el siglo XX, se sitúa exclusivamente en el plano del lenguaje y de la representación; Ankersmit, el más declaradamente postmoderno de los dos, tratará en sus últimas obras de salir del imperio del lenguaje para poner el foco en la experiencia (*Sublime historical experience*), pero una experiencia subjetiva que reconecta internamente, de una forma más estética que científica, al sujeto con algo del pasado.

Kuukkanen, que es discípulo de Ankersmit, no quiere renunciar del todo al lenguaje -como lugar privilegiado en que se da y se expone el conocimiento histórico-, pero tampoco al carácter cognitivo de la experiencia del pasado; por eso, cree ha llegado el momento de ir más allá del narrativismo.

Su propuesta *postnarrativista*, por decirlo ya claramente, es que la actividad historiográfica no consiste en narrar, sino que es una *práctica racional que intenta construir argumentos sobre el pasado con conclusiones racionalmente garantizadas*. De esa práctica pueden formar parte también las narraciones, y cualquier libro de historia contiene unas cuantas de ellas. Pero el libro de historia no es una narración, sino un argumento lleno de pruebas, evidencias, razonamientos y relatos para tratar de explicar algo del pasado. Por ejemplo -y son los dos ejemplos clásicos a los que recurre él repetidamente-, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Thompson, no quiere contar una historia, sino que explica cómo surgió esa clase, con su identidad, a partir un amplio y denso tejido de pruebas, conjeturas, argumentos, análisis y algunos relatos en los años posteriores a la revolución industrial. O bien *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, de Clark, no es el relato de cómo empezó la primera guerra mundial, sino una hipótesis, o una propuesta de explicación, construida, de nuevo, a base de argumentos, datos, evidencias, y algunos relatos particulares sobre personajes o acontecimientos.

Todo esto suena muy sensato, y lo es, en un libro que está escrito con inusual transparencia y voluntad de ser claro -además, por cierto, de estar muy bien traducido al castellano-. Va en paralelo con los esfuerzos de los últimos decenios para dejar atrás el relativismo post-

moderno y recuperar un poco de racionalidad capaz de orientarnos en un mundo mucho más confuso y peligroso que el de la postmodernidad. Uno no puede dejar de asentir. El problema es si Kuukkanen construye con suficientemente coherencia esa práctica racional, y si esa construcción aclara de un modo nuevo lo que hacen y deben hacer los historiadores.

La construcción se realiza sobre la propia estructura del narrativismo, eliminando o modificando los elementos de este, hasta dar con una imagen de la actividad historiográfica distinta de la producción de relatos. El método es, pues, explícitamente postnarrativista. Tiene quizá el inconveniente de que da el narrativismo por supuesto, y la ventaja y honestidad de indagar cuáles son los postulados de ese narrativismo de sus predecesores. En tres capítulos que son una prueba de maestría en la exposición académica, Kaakkunen explica que el narrativismo se basa en tres postulados: representacionalismo, porque entiende los textos históricos como una representación de algo pasado; constructivismo, porque los considera construcciones, artefactos por tanto, y no reproducciones o reflejos de una realidad anterior; y holismo, porque constituyen un todo en el que todos los elementos están interrelacionados y ninguno sobra. El último, el holismo, es el que más rápido descarta como innecesario. Puede que en una obra de arte, en una novela o en un poema, cada adjetivo y cada verbo sea imprescindible; pero en el amontonamiento masivo de datos, informaciones, anécdotas, relatos, caracterizaciones de personajes, estadísticas con las que se construye un libro de historia seguro que hay más de una frase que se puede eliminar sin que el libro o el argumento se resienta por ello.

La discusión sobre la representación es de mayor calado. ¿Qué significa representar una realidad pasada que ya no existe, a la que no se tiene acceso empírico? ¿Cómo se traducen hechos reales ya pasados, o sus huellas, en las palabras de un texto historiográfico? ¿Es la representación una traducción, un decir lo mismo que esa realidad, pero con otros medios, en el medio del lenguaje escrito? ¿Es que acaso es eso posible? El narrativismo cree que sí, que la narración, de hecho, viene a representar, en cierto modo sustituir, traduciéndola al lenguaje, una realidad pasada e inaccesible. Ankersmitt lo defendió así. Pero el texto histórico, argumenta Kuukkanen, no representa; sólo razona para demostrar ciertas tesis, y su principal contribución es proporcionar una argumentación racional a favor o en contra de una tesis dada. Por ejemplo, en el caso de Clark, que se llegó a la PGM por el sonambulismo inconsciente de los dirigentes europeos en los años previos a 1914, que no sabían hacia dónde se dirigían.

Descartados el holismo y la representación, queda el constructivismo, la única propiedad narrativista con la que Kuukkanen sí que se queda, adoptando así una posición filosófica muy fuerte. Como toda teoría, y también como toda narración, los textos historiográficos son construcciones, son la obra artificial de un autor que junta diversas piezas de cierto modo elegido por él para producir una obra concreta y, en este caso, producir un argumento, una tesis acerca del pasado. Que las teorías son construcciones, no reflejos o reproducciones -que, por tanto, dependen más de la subjetividad de su autor que de la realidad de la que hablan- es una postura común en la filosofía moderna. La pregunta es cómo se hace esa construcción, y como se justifican los elementos que se usan en ella y su disposición, de modo que esa construcción sea legítima, e incluso “verdadera”. Abordando

esa pregunta es como Kaakkunen pretende transitar del narrativismo al postnarrativismo y dar a conocer su propia posición.

Un texto histórico se construye con datos empíricos, o con enunciados bastante básicos que informan de ellos, como “La PGM empezó en julio de 1914”, “Napoleón nació en Córcega”. Pero estos componentes elementales se agregan con otros más generales, tales como interpretaciones y argumentos que definen ciertos acontecimientos y les dan sentido, pruebas diversas que permiten hacer ciertas conexiones causales y contribuyen a aportar ciertos significado, y, finalmente, con unos conceptos más generales, inventados, que de alguna manera ligan todos esos elementos para hacer de todo ese aglomerado de elementos diversos algo coherente y significativo. Estos últimos conceptos son los más importantes: “Renacimiento”, “Guerra Fría”, “Distensión”, “Expansión del Cristianismo”, por ejemplo, no corresponden a hechos empíricos concretos, sino que son creaciones conceptuales que enmarcan y ligan los datos, las pruebas, los argumentos y los posibles significados. Son las llamadas coligaciones o conceptos coligatorios, según la terminología que toma de Walsh. Sin ellas, no se hace ninguna historiografía. Quizá la mejor sustancia intelectual del libro de Kuukkanen está en la discusión sobre estos conceptos, en el análisis de su funcionamiento (su legitimidad no la pone en duda), y las consecuencias que esto tiene para el tipo de verdad y de racionalidad que es propia de los textos historiográficos. En estos capítulos está lo mejor del libro, pero también, lo más discutible.

Apelar a los conceptos coligatorios es una jugada maestra de Kuukkanen; le permite conservar algo esencial del narrativismo -pues no hay narración sin este tipo de conceptos; otra cosa sería una mera crónica, o unos Anales-, y a la vez ir más allá de él, como pretendía. Los conceptos coligatorios son los que permiten, además, hacer argumentaciones, enlazar o poner en un contexto común hechos independientes y separados (la guerra de Vietnam, el muro de Berlín y las transformaciones socioculturales de los años sesenta bajo el concepto “Guerra fría”, por ejemplo) para así aportar un significado global. Por supuesto, es una racionalidad laxa, informal, sin el rigor extremo de la lógica o la matemática, pero que permite hacer conexiones. Por eso la historiografía es una práctica argumentativa, de la que la narración es solo una parte.

Por otro lado, los conceptos coligatorios no se refieren a ningún objeto real. Suelen ser metáforas, como se ve en los ejemplos indicados. No resultan directa o indirectamente de una observación empírica; sino que se sostienen en un acuerdo común que los mantiene como verdaderos en tanto que funcionan para hablar del pasado. No existe el objeto Renacimiento, pero el concepto de “Renacimiento” permite hablar de y entender -además, de maneras muy diversas- fenómenos que ocurrieron en Europa en los siglos, por de pronto, XV y XVI. El concepto “Renacimiento” es verdadero porque funciona bien en nuestra conversación y argumentación sobre el pasado. Con lo cual, Kuukkanen se apunta a una noción pragmatista de verdad -lo verdadero es lo que es admitido como tal porque funciona- que no está libre de afinidades postmodernas y que dejará insatisfechos tanto a los positivistas como a los fundamentalistas de la realidad que creen poder contar las cosas “tal y como han sido”, al modo de Ranke.

El resultado es una caracterización muy neutra y limpia de la actividad del historiador. No es narración, es una práctica racional argumentativa de la que las narraciones son

una herramienta útil para apoyar cierta tesis. La racionalidad es más bien laxa y pragmática, como lo es toda argumentación y lenguaje en la vida cotidiana. En realidad, el historiador no presenta desde cero una época, sino que trabaja sobre la herencia recibida, refuta o modifica las tesis interpretativas existentes sobre un acontecimiento o un fragmento del pasado para presentar una tesis nueva. Así, por ejemplo, Clark en *Sonámbulos*, libro que propone una nueva tesis modificando las muchas que ya había sobre el origen de la Gran Guerra. Esta variación en las tesis, y por lo tanto, el campo libre para la subjetividad y la originalidad, es posible, además, porque no se trabaja solo con datos empíricos, sino con conceptos interpretativos amplios, como los coligatorios, que no tienen conexión con la realidad pero que permiten maniobrar a la argumentación y ofrecer interpretaciones diversas. Sonambulismo, por cierto, habría sido uno de esos conceptos.

Pero, por muy limpia y bien construida que esté esta caracterización de la historiografía como una práctica racional, por restaurado que quede el historiador en cuanto razonador crítico más que narrador, por muy brillante que sea la exposición en casi todos los capítulos del libro de Kuukkanen, hay huecos notables en la argumentación, se pasan por alto bastantes preguntas que su planteamiento descubre. Los huecos tienen que ver con los referentes filosóficos que ha desdeñado. Es sorprendente el nulo espacio que tienen en este libro los debates historiográficos continentales -vale decir, alemanes y franceses- de la segunda mitad de siglo. Se fija sobre todo en la filosofía analítica anglosajona -la cual ha sido más bien marginal en la teoría de la historia-; pero ni el estructuralismo, ni la escuela de los anales, ni la historia conceptual germánica aparecen por aquí, y todos ellos han sido importantes en la discusión con el narrativismo. La discusión de Koselleck con White, por ejemplo, podía haber tenido algún eco, o los debates sobre la alternativa entre estructura y acontecimiento como objeto del historiador. La propia génesis del narrativismo como reacción frente a formas estructuralistas y más o menos científicas de hacer historia es algo que Kuukkanen no menciona, quizá porque la da por supuesta y bienvenida.

Por otro lado, en su fidelidad a unas posturas de la filosofía analítica quizá ya algo pasadas, domina en el libro una preocupación por lo epistemológico y racional que olvida el carácter emotivo del discurso histórico. Pues la práctica racional del historiador está teñida de emociones, incluidas simpatías y fobias, que condicionan su manejo de las fuentes o de las ideas en discusión. Puede que el historiador sea el sujeto racional y razonable que Kuukkanen supone que es y se sobreponga por ello a sus inclinaciones emocionales, pero estas, en lo que tienen también de ideológico, afectan a los elementos que maneja. En particular, a los conceptos coligatorios, la clave de bóveda del argumento del libro. “Renacimiento” o “guerra fría” son inseparables del manejo ideológico que de ellos se haga. Precisamente por eso son útiles, dirá Kaakkunen, pues permiten una variedad de interpretaciones. Pero estos conceptos, precisamente en lo que tienen de claves interpretativas construidas y aceptadas por una cierta convención, van ligados a una historia conceptual y emotiva que nunca está libre de conflictos y que excede la clase de racionalidad por la que Kuukkanen aboga. Renacimiento, como concepto coligatorio -por repetir el ejemplo que él usa a menudo-, es relativamente neutral, aunque ya el modo en que se use y se lo ubique temporalmente dice mucho de cómo el autor se ubique en la historia y en su presente. Pero hay conceptos mucho más explosivos.

El propio Kuukkanen se da cuenta al reparar en “Holocausto”: es un concepto generalmente aceptado, por medio del cual se ligan e interpretan multitud de los terribles fenómenos ocurridos en Europa en los años 30 y 40; más allá incluso del exterminio de los judíos europeos. Pero hay quienes lo niegan. Ya eso pone gravemente en cuestión la concepción pragmatista de la verdad por convención, o de la racionalidad como una convención en la comunidad académica. Es evidente que, hoy día, en la comunidad académica, y no sólo ella, el concepto de Holocausto “tiene garantía cognitiva y autoridad epistémica sólidas, y no debería dudarse de su realidad”, como dice él. Pero todo eso puede cambiar; en algunos lugares ya lo hace, o toma unos tintes relativizadores. Tampoco se refiere Kuukkanen al conflicto socioeconómico y político que subyace a la mayoría de los conceptos coligatorios -¿qué hay de “lucha de clases”, o “capitalismo”?- , aunque precisamente el libro de Thompson sobre la clase obrera inglesa podría darle pie a ello.

Estas ausencias, y sobre todo, la falta de voluntad de enfrentarse a ellas, bastan para temer que la práctica racional del historiador que defiende esta filosofía postnarrativista no acabe de despegarse de la postmodernidad, o del narrativismo, que pretendía dejar atrás, a pesar de abrir nuevas cuestiones. Seguramente, que el paso adelante iba a ser corto lo anunciaba ya el título del libro. Autodenominarse filosofía *postnarrativista*, sin encontrar o inventar otra etiqueta mejor: eso es repetir el gesto, tan postmoderno y tan de la época narrativista, de posicionarse como post-, como después, sin saber muy bien dónde se está, o si se está realmente más allá.

Algo más allá sí que está este libro, aunque solo sea por el esfuerzo de diseccionar y filtrar el narrativismo y recuperar un discurso racional. Pero no mucho más allá, en parte por haber orillado tradiciones historiográficas más potentes y los conflictos más reales. Pero es honesto en eso, y ofrece una reflexión profunda, muy clara y razonable sobre la escritura historiográfica.

La claridad, de todos modos, dicho sea para terminar, lleva aquí un precio innecesariamente alto. La estructura del libro, así como la forma de escribir y de argumentar, se adapta plenamente a los cánones académicos vigentes: anunciar la tesis que va a venir, dar todos los pasos con transparencia, reiteraciones frecuentes y resúmenes al final de cada capítulo, autolimitación en los objetivos, ninguna aspiración de altura literaria. En eso sí que ha ido más allá -o más acá, o más abajo- de los teóricos narrativistas y de los grandes historiadores. Hayden White o Frank Ankersmitt son escritores brillantes, que aproximan sus obras al ensayo elegante, casi literario, pletórico de ideas sugerentes, autores clásicos y voluntad de estilo. Kuukkanen, que se presenta como el sucesor de ambos, se conforma con ser un correcto y sobrio autor académico. Seguramente, es menos su culpa que de aquello en lo que se ha convertido la escritura en la universidad. Se pierde mucha materia, muchas ideas y posibilidades, aunque se gana en claridad. A esto último ha ayudado, como sugería más arriba, la excelente y cuidada traducción.